la sangre de una vírgen. *La voluntad de mi Padre es que no pierda á ninguno de los que me ha dado, y que les resucite en el último dia. Quien coma de este pan de mi carne, que yo daré por la vida del mundo, vivirá eternamente:* luego la vida que su carne debe sostener no es esta vida comun y mortal, sino la vida eterna, tanto del alma como del cuerpo, en que seremos cambiados y *semejantes á los ángeles de Dios. Vereis al Hijo de Dios subir al cielo de donde ha descendido:* luego aun cuando dé su carne por alimento, El permanecerá siempre vivo.

San Juan, que refiere estas cosas divinas, añade: "Esto dijo Jesus, enseñando en la Sinagoga de Cafarnaum." Convenia, en efecto, que se dijera desde entónces para preparar á los Apóstoles á la institucion de la santa Cena, y convenia que se dijera en la Sinagoga, á fin de que cuando los Apóstoles, únicos testigos de la institucion de la Eucaristía, tuvieran que proponer este sobre toda ponderacion portentoso y adorable misterio pudieran invocar la palabra pública del Señor. En todo y por todas partes la misericordiosa sabiduría del Señor ha tenido cuidado de darnos armas contra nuestra propia incredulidad.

Sin embargo, la mayor parte de aquellos hombres, que podian creer en El tan fácilmente á causa de los milagros que habian visto, no creyeron; hubo incrédulos hasta entre sus discípulos, "y varios de estos se retiraron." ¡Pronto cumplimiento de la parábola profética de la simiente!

Jesus no se sorprendió. "Sabia como Dios desde el principio de toda eternidad," y como hombre desde su concepcion, quiénes eran los que no creian y quién era el que habia de venderle. Sin embargo, dijo á los doce: "Y vosotros, ¿no quereis tambien marcharos?" Pedro, en nombre de todos, no dudando que todos como él se hallaban llenos de una fé respetuosa, respondió: "Señor, ¿á quién iríamos? Tú tienes la palabra de la vida eterna. Hemos creido, y hemos reconocido que tú eres Cristo, el Hijo de Dios." Jesus respondió: "Yo os he escogido á los doce, y sin embargo, hay uno entre vosotros que es un demenio."

¡Oh cuánta sangre derramó aquel divino cerazon ántes de ser atravesado por la lanza!

LIBRO IV.

EDUCACION DE LOS APOSTOLES.

CAPITULO XIII.

Falsa purificacion.—La Cananea.—El sordo-mudo.—Segunda multiplicacion de los panes.

Podria decirse que el Evangelio es la historia de la educacion de San Pedro y de los Apóstoles. Jesus, porque es el hombre perfecto, es tambien el adorador y el sacerdote perfecto, y su mision fué la de formar adoradores y sacerdotes perfectos.

Desde el punto en que nos encontramos de la vida de Jesus, Jesus pone en esa educacion un cuidado, no mas constante, pero sí mas directo. Las instrucciones prevalecen sobre los milagros, é instruye bajo la forma de parábolas ó controversias con los fariseos, con los escribas y con los doctores de la Ley.

Aquellos hombres, que dominaban en Jerusalen, eran tambien numerosos en todas partes, y mezclados con el pueblo seguian paso á paso á Jesus, dispuestos siempre á dirigirle preguntas capciosas, con el fin de encontrar en sus respuestas motivo para acusarle. Si poseyéramos las relaciones que ellos enviaron al Sinedrio, tendríamos la sustancia y la quinta esencia de todos los espedientes y calumnias que la policía de los gobiernos impíos ha formado siempre contra la Iglesia.

Un dia, habiendo observado que algunos de los discípulos de Jesus comian sin haberse lavado las manos, los fariseos señalaron como una

trasgresion de la ley aquel olvido de las costumbres. Leese, en efecto, en los Profetas: *Lavaos y sed puros.—Purificaos vosotros los que llevais los vasos del Señor*; y otras palabras semejantes que los fariseos interpretaban en el sentido material, de modo que con abluciones continuas creian poder prescindir de las lágrimas, de las limosnas y de las obras de justicia. Interrogaron, pues, á Jesus, diciéndole: "¿Por qué tus discípulos infringen la tradicion, pues no se lavan las manos cuando comen pan?"

Jesus se dignó responderles, y esta es una de esas circunstancias que sirven á muchos hombres de poco talento para exagerar, queriendo rebajarla, la sencillez del Evangelio, y para burlarse al ver al Hijo de Dios disputando sobre el punto de saber si debe ó no hacerse una ablucion ántes de la comida. Felizmente para el género humano, el Hijo de Dios no ha mostrado igual desprecio hácia esas cosas pequeñas. Quiso aquel debate, como quiso apaciguar la tempestad, como querrá resucitar á Lázaro, como querrá morir sobre la cruz. La ridícula pregunta de los fariseos le sirvió para señalar el carácter de la verdadera purificacion, contra el mezquino y peligroso formularismo en que el espíritu farisáico hacia consistir la piedad.

Reprendió á aquellos censores que mostraban tanto respeto hácia las minuciosidades de una tradicion puramente humana y que no temian infringir los preceptos mas esenciales, limpiando escrupulosamente los bordes del vaso y dejando la inmundicia en su fondo, filtrando el agua para evitar el que pasara en ella un mosquito, y tragándose un camello; y echóles en cara el uso que hacian de una tradicion, ó mas bien de un sofisma, por medio del cual dispensaban al hijo que socorriera á su padre necesitado, con tal que no dejara de hacer ciertas ofrendas al templo. "Hipócritas, les dijo: os creeis muy santos, y haceis vano el mandamiento de Dios con vuestra tradicion;" y dirigiéndose despues al pueblo, que no habia oido aquella reprension, dijo en voz alta: "No ensucia al hombre lo que entra en la boca, mas lo que sale de la boca, eso ensucia al hombre."

Los discípulos, alarmados por la cólera de los fariseos, y acaso escandalizados ellos mismos, le pidieron la esplicacion de una sentencia tan nueva para ellos, y que parecia acabar con la prohibicion tan respetada de comer animales inmundos, prohibicion judáica que en efecto desapareció, aunque mas tarde.

Pedro, segun la costumbre ya establecida entre ellos, habia hablado por todos, y el Maestro le respondió: "¿No comprendeis que toda

cosa que entra en el hombre no puede mancharlo; pero sí lo que de él sale, y esto ensucia al hombre, porque del corazon del hombre salen los pensamientos malos, los homicidios los adulterios, las blasfemias, y toda clase de crímenes? Estas cosas son las que manchan al hombre, mas no el comer sin lavarse las manos." Estas son palabras fecundas y luminosas que han dado al hombre nuevos sentidos y el conocimiento de sí mismo. "El corazon del hombre, dice Orígenes, es grande cuando es puro, porque su pequeñez corporal no le impide recibir al Señor, que es espíritu. Cuando el corazon del hombre posee la pureza, abraza la verdad."

Jesus salió de allí, y se dirigió á los confines de Tiro y de Sidon: despues de haber condenado las prácticas supersticiosas de los judíos que no habian querido oirle, se dirigió hácia los paganos, dándonos con ello una enseñanza análoga á la que puede sacarse de la mision de Sichar, en Samaria. El Maestro paciente se plega á la debilidad de sus discípulos é insiste en la misma leccion, pero añadiendo cada vez alguna cosa nueva que la grabe mejor en su inteligencia ya preparada para ello. Ocultóse aquella vez, porque aún no habia llegado el tiempo de la predicacion á los gentiles: sin embargo, entre la multitud que debia aún ignorar su presencia, habia una alma fiel á la que queria recompensar, y que supo llegar hasta El.

Una mujer cananea, á quien San Márcos llama siriofenicia, acudió á Jesus, y clamaba diciéndole: "Señor, Hijo de David, ten piedad de mí: mi hija es cruelmente atormentada del demonio." Cuando el Espíritu Santo inspira la oracion, todo se dice en pocas palabras. Al llamarle *Señor*, la Cananea confiesa la divinidad; al llamarle *Hijo de David*, confiesa la humanidad, y al decir *ten piedad de mí* (y no de su hija, porque el sufrimiento de la hija es propiamente el dolor de la madre), *mi hija se halla cruelmente atormentada del demonio*, espone al médico el mal en toda su fuerza y en toda su gravedad. La accion y la oracion de la Cananea son igualmente prudentes: no pide nada á los hombres, y, apoyada sobre la fé, se encamina directamente á Dios.

Jesus, sin embargo, pareció que no la oia, y no la respondió; y cuando los discípulos, ó conmovidos por el dolor, ó importunados por la queja de aquella mujer, le suplicaron que la despidiera concediéndola lo que solicitaba, Jesus les dijo que habia sido enviado para las ovejas perdidas de la casa de Israel, y siguió su camino. Mas ella no por eso le dejaba: siguióle con tanta fé como amor materno, y pene-

trando en la casa en que habia entrado, se arrojó á sus plantas, clamando siempre: "¡Señor, valedme; curad á mi hija!" Entónces Jesus con una severidad poco comun en El, y para que aquella pagana comprendiera el poder de la fé, la dijo: "Deja que primeramente se sacien los hijos, porque no es conveniente tomar el pan de los hijos y echarlo á los perros." Pero tampoco aquella dureza de lenguaje, que de seguro iba suavizada por el acento, pudo rechazar á la suplicante. "Así es, Señor, repuso; pero los perrillos comen las migajas de sus señores." Ante aquel rasgo de humildad despues de tan firme perseverancia, Jesus, como vencido, añadió: "¡Oh mujer! grande es tu fé: hágase contigo como quieres." Y desde aquella hora quedó sana su hija.

La hija de la Cananea, como el siervo del centurion, quedaron sanos sin que el Señor hubiera entrado en su casa, y así se salvarán por su palabra y por la oracion de su Iglesia las naciones que Jesucristo no ha visitado. Aquella madre, cuyo amor y cuya fé no se cansan nunca, es la Iglesia, que siempre está diciendo: "¡Señor, tened piedad de mí; sanad á mi hija!" Como la Hemorroisa y la Samaritana, que salieron de su ciudad, la Cananea, que ha dejado su país natal, es una figura tiernísima del gentilismo; y semejante á Ruth, la Moabita nombrada entre los antepasados de Nuestro Señor, la Cananea es admitida en la casa de Dios por el poder de su amor y de su fé.

Jesus dejó en seguida aquel país; y aunque en él no hiciera mas milagros que el que hemos relatado y por el cual se ve tan vivamente la eficacia de la oracion, ese milagro encierra tambien otra enseñanza: nos enseña que el bien de una sola alma bastaba para que aceptara el trabajo de una mision.

Volvió Jesus junto al mar de Galilea, donde, apénas llegó á divulgarse su vuelta, le presentaron un sordo-mudo. Llevóle aparte, le tocó los oidos y la lengua, y dió un gran suspiro; en seguida dijo: *Ephpheta* [*ábrete*], y el sordo-mudo oyó y habló.

El alejamiento de la multitud, la mirada dirigida al cielo, el suspiro, son señales que sirven para enseñar á los Apóstoles que huyan de la vanagloria, que se acuerden que del cielo deben esperarse todos los beneficios, que todo se obtiene de Dios por los suspiros de la oracion, y que la humildad vale mas que la facultad de hacer milagros. Aquellos suspiros, que son en Jesus efecto de la compasion, deben ser en

nosotros la condenacion y la expiacion del mal, y así es como podemos pedir eficazmente que nos libre de las consecuencias del pecado.

Jesus toca al enfermo para mostrar que su cuerpo, unido á la Divinidad, se ha enriquecido con la Divinidad y obra divinamente, lo cual servirá de argumento contra las herejías futuras. Al tomar nuestra carne, la muestra restablecida en toda su perfeccion y revestida de toda la gloria que ha de serle dada. Sírvese de su mano para abrir el oido cerrado y de su saliva para desatar la lengua muda, y, en fin, pronuncia esta palabra: *Ephpheta*, para mostrar que las dos naturalezas se distinguen sin separarse. Jesus ora, gime, trabaja como un hombre, y cura al sordo con una sola de sus palabras de Dios: *ábrete*.

A este milagro siguió gran número de milagros: los mudos hablaban, los cojos andaban, los ciegos veian, y un clamor general se levantaba del alma del pueblo, alabando al Dios de Israel.

Como la multitud era considerable y el lugar desierto, Jesus renovó allí el milagro de la multiplicacion de los panes. Los discípulos habian olvidado el primer milagro, y se ocupaban con celo del medio de comprar pan bastante para alimentar á los cuatro mil hombres que se habian reunido allí, sin contar las mujeres y los niños. Halláronse siete panes y algunos peces pequeños; Jesus los bendijo con aquella bendicion con la cual en el principio el Verbo dió á las criaturas la virtud de crecer y de multiplicarse, y aquellos panes se multiplicaron en sus manos como el grano se multiplica en la tierra. Todos comieron y quedaron hartos, y de los pedazos que quedaron se llenaron siete canastos.

Ademas de diversos sentidos particulares, todos bellísimos y abundantes en frutos de salvacion, los dos milagros de la multiplicacion del pan tienen un sentido general que les es comun y con el que vienen á completarse el uno por el otro. Pero ántes de examinarlo atendamos á la solucion que la enseñanza que resulta de esos milagros podria dar á una de las mayores dificultades con que se encuentran las sociedades modernas. Trátase de la multiplicacion y de la reparticion de las riquezas.

El problema consiste en alimentar á todo un pueblo: cinco mil hombres la primera vez, cuatro mil la segunda, con mas las mujeres y los niños, lo cual, en uno y otro caso, duplica por lo ménos el número de bocas. Para hacer frente á esta necesidad, no hay nada, nada se encuentra en el desierto, y los Apóstoles, que representan el poder

se inquietan por la situacion y proponen á Jesus lo único que la prudencia humana puede proponer: "Despedid á esa multitud, á fin de que cada uno se provea como pueda;" pero Jesus responde: ¿'Dadles vosotros mismos de comer."

Los Apóstoles entónces piensan en comprar pan, y quieren emplear en ello todo cuanto poseen; pero una triste y súbita reflexion los desalienta: "Aunque empleáramos doscientos denarios de plata (probablemente mucho mas de lo que contenia la bolsa comun), no habria bastante para que cada uno de estos hombres recibiera un bocado." ¡Y eso, sin embargo, es lo único que se puede hacer! O dejarles proveerse como ellos puedan, sin acordarse de los pequeños, de los débiles, de los indigentes, sacrificando, en fin, al pobre, ó arrojar al abismo el acervo comun sacrificando al rico, sin que ni uno ni otro sacrificio alcancen á resolver el problema.

Se sugiere tambien otro tercer medio, pero con cierta vergüenza, porque parece ineficaz. Entre aquella multitud hambrienta se ha descubierto á un rico, á un niño que posee cinco panes de cebada y dos peces. Para él esto es mas de lo que necesita, y se puede despojar á aquel rico, que tiene demasiado, en provecho de los que nada tienen, poniendo en comun su abundancia, sus cinco panes de cebada y sus dos peces.

Abandonar al pobre, alimentarle un instante á costa del Estado y arruinando al Estado, ó despojar al rico sin ningun provecho para nadie, y sin sacar al Estado del peligro; tales son las alternativas entre las cuales los gobiernos van hoy marchando fatalmente hácia el abismo comunista, sin que ninguna ciencia política pueda hallar salvacion para las sociedades.

En la historia evangélica interviene Jesus, y bajo el punto de vista en que nos hemos colocado, y que nos parece esacto, Jesus se halla comprometido con aquel pueblo que le ha seguido al desierto para escuchar su palabra, y que, por consecuencia, ha cumplido con el precepto "de buscar primeramente el reino de Dios."

Jesus ordena desde luego á los Apóstoles que pongan en órden aquella multitud, que la distribuyan por bandas de ciento y de cincuenta, y que se sienten sobre la verde yerba (figura de los apetitos que se deben despreciar). Despues, cuando se han colocado así, cuando cada rebaño y cada individuo tienen un pastor, Jesus hace que le traigan las pobres provisiones que se han encontrado, y las bendice. Se las llevan á El, porque á El es á quien pertenecen, como Creador de todo bien y Señor de toda criatura: las bendice levantando los ojos al cielo, porque á Dios debe pedirse toda bendicion y toda multiplicacion las distribuye por las manos de sus Apóstoles, porque El tiene derecho á disponer de ellas; bastan, porque su bendicion las ha multiplicado; y queda sobrante de ellas, despues que todos han comido y están hartos, porque Dios da todo con abundancia, y porque ha puesto la ley de que la limosna no arruine al que la hace, ántes bien le enriquezca.

Esta es toda la economía social del Evangelio: inspirar primero á los pueblos el gusto hácia las cosas de Dios, establecer entre ellos el órden, y darles pastores; enseñarles á despreciar los apetitos que les hacen insaciables, y pedir á Dios que bendiga y multiplique las riquezas materiales que son necesarias para la existencia. Toda esta economía evangélica solo obtiene hoy desprecios; pero el infierno del pauperismo se halla abierto, y contra él no se propone mas remedio eficaz que los falansterios, que son otros tantos infiernos, pudiendo ya preverse que las instituciones comunistas se ocuparán, mas que en dar pan, en abrir circos para los gladiadores y las fieras.

El sentido místico de estas dos multiplicaciones del panes, como en otros varios milagros, el cumplimiento de la Ley por el establecimiento de la Eucaristía y el ministerio de la Iglesia.

"Tengo compasion de estas gentes," dijo Jesus ántes del segundo milagro; "porque há ya tres dias que permanecen conmigo, y no tienen que comer, si les despido en ayunas les faltarán las fuerzas en el camino, porque muchos han venido de léjos." Tambien dijo "que vagaban como rebaño sin pastor." Pues bien: Jesucristo ha venido á este mundo para alimentarles y para darles los Pastores que El haya elegido, y El será al mismo tiempo el alimento supremo y eterno, y el supremo y eterno Pastor.

El primer milagro alimenta á cinco mil hombres, todos del país, y este es el número de los que se convertirán por la primera predicacion de San Pedro, y que habian de ser todos Judíos. En el segundo milagro hay cuatro mil hombres "venidos de léjos," segun la observacion del Señor, y, por ese número, el milagro es ya figurativo de la conversion de los gentiles, los cuales debian venir de todos los puntos de la tierra, ó, como dice la Escritura, "de los cuatro vientos."

Los Apóstoles son los que la primera vez piensan en la necesidad del pueblo; pero solo piensan en ello para despedirle y para que cada uno se provea como pueda. Este es el carácter del sacerdocio judái-

co, que nada tiene que dar á los estranjeros, y muy poco á los demas. Sin embargo, aquel mismo cuidado de despedirlos indica que tomaban algun interes por ellos, como se lo habian tomado los Patriarcas y los Profetas que oraban á Dios por el pueblo de Israel. La segunda vez, aunque la multitud se halla allí hace largo tiempo, y aunque el desierto es mas árido, nadie se acuerda de que puede tener hambre; solo Jesucristo piensa en ello, solo El se compadece de la multitud de las naciones, y dirigiéndoles una mirada de amor, dice "No quiero que vayan sin alimento; desfallecerian en el camino."

En el primer milagro hay cinco panes de cebada, y en el segundo siete panes de trigo. Los Evangelistas, dice San Cirilo, podian haberse contentado con referir que el Salvador hartó á una multitud de gente con los pocos alimentos que llevaba un niño; mas si señalan el número de los panes, es porque en esa circunstancia se encierra un misterio.

En efecto; los cinco panes del primer milagro indican los ritos de la antigua Ley, contenida en los cinco libros de Moisés de los que el pueblo judío sacaba su alimento espiritual; y los siete panes del segundo milagro figuran admirablemente la Ley evangélica, en la cual la gracia *septiforme* del Espíritu Santo se halla distribuida á todos los fieles por la predicacion y por los sacramentos. Estos siete panes representan, pues, los siete sacramentos instituidos por Jesucristo para alimentar á los cristianos durante su viaje hácia la eternidad.

Los cinco panes del primer milagro eran de cebada, y la cebada es el alimento de las bestias de carga y de los esclavos, como el espíritu de la Ley antigua era un espíritu de temor y de servidumbre. La parte nutritiva de la cebada se halla cubierta de tegumentos muy duros, así como el elemento vital del alma se hallaba circundado en la mosáica de tupidos velos. Un niño, que no hace aprecio de ellos, es quien posee los panes de cebada, como los cinco libros mosáicos se hallaban colocados y estaban puestos en manos de un sacerdocio y de un pueblo que solo los entendian en un sentido pueril, y que los observaban sin sacar de ellos provecho alguno.

El trigo de que están formados los siete panes del segundo milagro, es el alimento de los hombres, el alimento profetizado: *Et cibavit eos ex adipe frumenti*: los ha alimentado con el trigo mas puro. *A fructu frumenti..multiplicati sunt:* porque el fruto del trigo se ha multiplicado." Así cantó David el festin del Mesías, y de ningun modo podia

espresarse mejor la nueva Ley, la dulzura, la gracia, el amor de Jesucristo.

El mismo Jesucristo se halla figurado en el festin. *Piscis assus est, Christus passus*, dice San Agustin: el pez que pasa por el fuego, es Jesucristo desde su Pasion, símbolo que es tan antiguo como la Iglesia. El P. Ventura cree que los dos peces indican los dos caractéres: el de sacerdote y el de víctima que Jesucristo reunió en la Cruz. Por el mérito infinito de su sacrificio, los cinco panes de cebada y los siete panes de trigo los ritos de la ley mosáica y los sacramentos de la ley evangélica, obtienen toda su eficacia para la salvacion de las almas.

Jesus no quiso crear de la nada, como hubiera podido hacerlo, aquellos panes con que alimentó á la multitud, ni quiso ordenar que descendieran del cielo, como el maná, en cantidad suficiente. Por una parte, ya el pan habia descendido tal cual El queria darle: era El; y se contenta con multiplicarle, haciendo un milagro tan grande como la creacion, para indicar que El da su propia sustancia. Por otra parte, al recibir realmente los peces y los panes de manos de sus discípulos, añade nuevas enseñanzas: asocia al mismo tiempo al hombre á su obra, como ya lo ha hecho en muchas ocasiones por otros actos, y, sobre todo, por la institucion de los Apóstoles; afianza el ministerio de la Iglesia; confirma, en fin, el símbolo que ha querido dar, haciendo mas sensible la verdad de que queria instruirnos. En los sacramentos la Iglesia no crea: recibe la materia de que los sacramentos se forman.

Los panes no tenian sabor, eran inútiles en manos de los Discípulos; pero en manos de Jesus, y por su bendicion, se multiplican, adquieren una variedad maravillosa, bastan para todos. Del mismo modo el agua, el vino, el aceite, materia de los sacramentos, son incapaces por sí mismos de producir ningun efecto moral; pero por la bendicion de Jesucristo, esa materia recibe la virtud de conferir y aumentar la gracia que deja satisfecha al alma y la llena de fuerza espiritual.

Los peces, como el pan, son llevados por los Apóstoles.

Los peces son el botin de los pescadores; ellos los cogieron en las aguas profundas, allí donde se les dijo que echaran la red. Así la posesion mas íntima de Jesucristo es el patrimonio de aquellos que se han dado mas á El; de aquellos que han escuchado mejor su palabra; de aquellos á quienes El ha elegido para asistirles, y ellos la distribuyen por la predicacion, sobre todo por la predicacion de sus martirios, que lleva á los hombres hácia los sacramentos y les comunica su sua-

vidad. Yo solo predico á Jesucristo, y á Jesucristo crucificado, decia San Pablo. Los peces están con el pan, porque la predicacion de los misterios de Jesucristo ilumina la inteligencia, en tanto que el pan de los sacramentos alimenta el corazon, y una y otra cosa son el alimento del pueblo de Dios.

Los Santos Padres hacen otra observacion. Así como los panes, dicen, solo fueron suficientes porque Jesus los bendijo sin que se viera su interior hasta que El los partió, así nosotros no conoceriamos las profecías de la antigua Ley y los misterios de la Ley nueva, que seguian ocultos, sin la luz de su palabra. Ni los ritos antiguos, ni los nuevos sacramentos, hubieran tenido virtud bastante para sostener al pueblo judío y para alimentar al pueblo cristiano, si Jesus no los hubiera fecundado, primero en figura y luego en realidad, por su bendicion omnipotente. Aquella bendicion pronunciada en el principio del mundo sobre todas las criaturas, les da vida por la facultad de reproducirse y multiplicarse, y esa misma bendicion pronunciada sobre las instituciones espirituales de la Ley y del Evangelio, asegura á cada una de ellas, segun su medida, la eficacia y la duracion.

Así, pues, el primer milagro figura la antigua alianza, el segundo figura la nueva; y en uno y en otro, como Jesus obró solo, se nos indica que el Mediador celestial, nacido segun la carne y en el tiempo, es tambien el *Verbo de Dios* anterior al tiempo; es el Dios de la Ley el Dios del Evangelio que ha dado á los Profetas la inteligencia de los misterios futuros y á los Apóstoles la inteligencia de los misterios realizados; es el mismo que ha alimentado al pueblo judío con el grano de los sacramentos figurativos; es el mismo que alimenta al pueblo cristiano con el trigo de los sacramentos reales.

Pero Jesus no quiere acabar con la libertad bajo el peso de los milagros: lo que Jesus está haciendo con tanto trabajo, el enemigo quiere destruirlo, y Satanás suscitará herejes que tratarán de emponzoñar con su veneno el pan que da Jesus. Pues bien: su providencia provee á este peligro, y, sin quitar á los hombres el mérito del combate, les da de antemano el medio de evitarlo. Con ese poder y esa sabiduría soberana que solo necesitan una palabra para iluminar cuatro mil años de misterios, y un acto de la voluntad para dilatar un pedazo de pan de manera que alimente á todo un pueblo, Jesus concentra tambien en algunas palabras y en algunas circunstancias de poca apariencia, las instrucciones que han de resistir á todas las sutilezas de la herejía, haciendo que sean impotentes hasta el fin del mundo.

La herejía llegará á negar la necesidad del ministerio eclesiástico para la dispensacion de la doctrina y de la gracia de Jesucristo, diciendo que todo fiel obtiene la luz y la inspiracion de Dios sin intermediario alguno, solo por la fé, y que por lo tanto no hay necesidad de obispos ni de intervencion sacerdotal.

Seguramente Jesus pudo hacer que así fuera; podia disponerlo y cumplirlo todo sin recurrir á sus discípulos; pero es seguro que empleó á sus discípulos, y que no lo hizo sin designio, y ese designio le conoció el Apóstol por el mismo Salvador: "Que todos nos consideren, dijo, como siendo ministros de Jesucristo, y dispensadores de los misterios de Dios." Todas las circunstancias de los dos milagros encierran y revelan esta doctrina.

Jesus empieza por decir: "No es necesario despedir á estas gentes; dadles vosotros de comer," y para este misterioso lenguaje, profecía de lo que iba á suceder, Jesus, dice Orígenes, da esclusivamente á los Apóstoles y á sus sucesores el poder de alimentar al pueblo fiel. Fija desde entónces, añade San Ambrosio, la economía de la predicacion evangélica para la alimentacion de las almas. "Dadles vosotros mismos de comer," es lo mismo que se les dijo mas tarde: "Id á instruir á todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo. Quien crea y haya recibido el bautismo, se salvará."

Los Apóstoles trasmiten tambien al pueblo la órden de sentarse, y ellos le dan de comer colocándole por bandas, casi podria decirse por iglesias, por parroquias. Así pues, es la voluntad de Dios que no pertenezca á los fieles el derecho de reunirse en asambleas religiosas, ni el de gobernarse por sí mismos: solo á los Obispos como lo enseña el Apóstol, toca el cuidado de establecer iglesias y de gobernarlas.

Jesus no distribuyó por sí mismo el pan milagroso, como lo hace ver la misma insistencia con que señalan este hecho los Evangelistas, sino que se le dió á estos, á fin de que el pueblo le recibiera de sus manos y de que ellos dieran á cada uno su parte. Así, pues, la sabiduría misma de Jesucristo fué la que estableció el medio por el cual quiso que su Iglesia distribuyera la vida á los pueblos.

Tampoco da á los Apóstoles los panes enteros, sino partidos, y los parte, porque ántes de darles la órden suprema de distribuir el Evangelio, debe describirles los misterios de las Escrituras. ¿Cómo dejar de comprender por esto, dice San Agustin, que Jesus solo á los Obis-

pos y á los sacerdotes ha confiado el sentido verdadero de sus misterios y la distribucion del alimento sagrado?

Por último, cuando el pueblo estuvo harto, Jesus ordenó á los Apóstoles que recogieran los restos de la comida, y la primera vez llenaron con aquellas sobras doce canastos que representan á los doce Apóstoles en quienes para en adelante, y ya amplificada y fecundada, se encierra la doctrina de los cinco libros mosáicos, doctrina insuficiente y casi estéril hasta entónces: los Apóstoles aparecen aún á los ojos del mundo como hombres de poco valor; empero aquellos canastos frágiles y en apariencia despreciables, se hallan enriquecidos interiormente por el tesoro de Dios.

En el segundo milagro se recogen siete canastos con las sobras de los siete panes, y en cuanto á mí, dice San Juan Crisóstomo, no admiro ménos el milagro de esa parte superflua, que el milagro que suministró lo necesario. Los siete canastos son los siete sacramentos preparados siempre para el pueblo fiel, sacramentos que nunca perecen, inmortales como el Dios que los instituyó. ¿Y qué pasa con los siete canastos? Los siete canastos quedan á disposicion de los Apóstoles, á fin de que nosotros comprendamos que los siete canastos del pan vivo y espiritual, los siete sacramentos, fueron dejados por Jesucristo en las manos de los ministros de la Iglesia, que los han conservado hasta este dia, y que los conservarán hasta el fin del mundo.

Y estos hechos pasaron por la tarde, á la hora en que el sol declina, á la hora de la Cruz.

CAPITULO XIV.

El ciego de Betsaida.—Confesion de Pedro.—El Thábor

Entre tanto los fariseos y los saduceos, enemigos irreconciliables unos de otros, pero muy acordes contra Jesus, segun el uso constante de los sectarios y de los incrédulos, continuaban maquinando con el fin de que Jesus perdiera la confianza del pueblo para quitarle en seguida mas fácilmente la libertad y la vida.

Fueron, pues, juntos á encontrarle con el designio de sorprenderle, pidiéndole nuevamente que hiciera un milagro en el cielo; pero Jesus les respondió que aun cuando por el estado del cielo conocian ellos el buen tiempo ó la tempestad, su hipocresía era causa de que no aprendieran á conocer el tiempo en que vivian y discernir lo justo de lo injusto. Esto era decirles que no querian ver que habia llegado la época del Mesías; y á seguida, dando un suspiro, declaró nuevamente que aquella generacion perversa no veria mas prodigio que el de Jonás, separándose de ellos dicho esto.

Fué á Betsaida, donde curó á un ciego, con la circunstuncia especialísima de que la curacion, en vez de ser repentina, fué gradual. Jesus cogió al enfermo por la mano, le sacó fuera de la aldea, le mojó los ojos con saliva, le impuso las manos, y como á la pregunta que le dirigió sobre si veia algo le contestara que veia el ciego andar á hombres que le parecian árboles, Jesus le impuso de nuevo las manos, y el ciego siguió viendo mas y mas, hasta que le curó por completo, enviándole luego á su casa. Todas estas circunstancias son otras tantas lecciones para los predicadores y ministros del Evangelio: el Salvador coge por la mano al ciego, á fin de hacerle capaz de la práctica de las buenas obras: le conduce fuera de la ciudad, porque el hombre separado del mundo medita mejor sobre las enseñanzas divinas, y porque, quien desea que le ilumine la luz eterna, debe seguir á Jesus á la soledad: si no cura al ciego con una sola palabra, es para mostrar la profundidad de nuestra obcecacion, y para que sus sacerdotes aprendan á no desesperar, sino ántes bien á redoblar sus esfuerzos, sus oraciones y su paciencia, cuando el ignorante y el pecador solo lleguen por grados casi imperceptibles á la vision de la verdad: añade á la saliva la imposicion de las manos, porque enseña á los hombres de dos maneras; por los dones invisibles del Espíritu Santo, y por el misterio visible de su Encarnacion: por último, manda al ciego ya curado que vuelva á su casa, para advertir al pecador que se examine á sí mismo y medite sobre los beneficios de Dios.

Poco despues, Jesus quiso poner á prueba la fé de sus Apóstoles, preguntándoles de pronto: "Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre." A lo cual contestaron: "Los unos dicen que Juan Bautista, los otros que Elías, los otros que Jeremías, ó uno de los Profetas." Pero Jesus añadió: "Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?" Entónces respondió Simon Pedro: "Tú eres Cristo, Hijo de Dios vivo."

Jesus dijo: "Bienaventurado eres, Simon, hijo de Juan, porque eso no te lo ha revelado la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos."

La cualidad de hijo de Juan dada al Apóstol recibe una importancia especialísima por la ocasion en que se dió. Hijo de Juan quiere decir *hijo de la paloma*, y no se trata de Juan, padre de Simon Pedro segun la carne y la sangre, sino de la gracia que recibió Pedro, y por la cual el Espíritu de verdad, la Paloma que apareció sobre el Jordan, creó en él la palabra de verdad.

Jesus añadió: "Y yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Yo te daré las llaves del reino de los cielos, y todo lo que ligares sobre la tierra será ligado en los cielos, y todo lo que desatares sobre la tierra será desatado tambien en el cielo."

Despues de esta declaracion y de esta promesa, Jesus prohibió terminantemente á los Apóstoles que dijeran á nadie que El era Cristo; y en el momento, sin dejarles lugar para que concibieran una idea halagüeña de la gloria que les esperaba, rasgó el velo del porvenir; les mostró el Calvario; les declaró que debia ir á Jerusalen, sufrir la Prision, ser condenado por los ancianos, los príncipes, los sacerdotes y los escribas; que habia de ser muerto y habia de resucitar al tercer dia. Pedro no pudo escuchar esto sin hacer una protesta: "Léjos esto de tí, Señor; no será esto contigo." Pero Jesus, volviéndose hácia Pedro, le respondió: "Quítateme de delante, Satanás, porque no entiendes las cosas que son de Dios." Sin embargo, Pedro que sabia que Dios estaba viendo el amor de su corazon, no replicó, ni se justificó, y los otros, como él, guardaron silencio. En seguida Jesus, haciendo que se aproximara la multitud, pronunció estas palabras inauditas, que esceden por su majestad divina, á todo lo que pueden decir los reyes y los señores de la tierra.

"Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz y sígame. Porque el que quiera salvar su alma, la perderá, mas el que perdiere su alma por mí la hallará. ¿Y qué aprovecha al hombre si ganase todo el mundo y perdiere su alma?"

Hé aquí lo que se dijo aquel dia sobre el polvo del camino que va de Betsaida, ciudad que ya no existe, á Cesárea de Filipo, ciudad que tambien ha desaparecido. Así es como Jesus traia á la tierra un fuego nuevo y educaba á Pedro, á los discípulos y al mundo, ó mas bien, creaba una nueva humanidad.

Jesus terminó aquel discurso anunciando que algunos de sus discípulos verian un simulacro del reino de Dios ántes que les llegara la muerte. Ocho dias despues se cumplió aquella promesa, porque Jesus, tomando consigo á Pedro, á Santiago y á Juan, les llevó á una alta montaña, en la cual se puso á hacer oracion, y miéntras oraba apareció transfigurado. Su faz quedó refulgente como el sol; de su traje se desprendia una luz viva y blanca como la nieve, y dos hombres llenos de majestad, que eran Moisés y Elías, se hallaban cerca de El, hablándole de la muerte que debia sufrir en Jerusalen. Pedro, fuera de sí, dijo á Jesus: "Señor, bueno es que permanezcamos aquí; si quieres, levantemos aquí tres tiendas, una para Tí, otra para Moisés y otra para Elías." Los Apóstoles se hallaban turbados, como fuera de sí mismos, zozobrando entre el júbilo y el terror; y miéntras Pedro hablaba sin saber qué palabras salian de sus labios, una nube luminosa cubrió á Moisés y Elías, y una voz resonó entre la nube, diciendo: "Este es mi Hijo muy amado, en quien yo tengo mis complacencias: escuchadle." Los discípulos, al oir esta voz, dieron con el rostro en tierra; pero cuando al oir la de Jesus se levantaron, viéronle ya solo: se habia oscurecido aquel resplandor celestial que tendia incesantemente á invadir su Humanidad, y que era el estado propio y natural del Hijo único de Dios; pero, por su omnipotencia, Jesus le encerraba dentro de sí mismo, para que el Hijo del hombre, la víctima, no desapareciese. El milagro no consistia en que la Divinidad desprendiera sus resplandores, sino en que la Humanidad pudiera ocultarlos y en cierto modo apagarlos.

Los tres Apóstoles que tuvieron aquella vision del Thábor, Pedro, Santiago y Juan, fueron los mismos que Jesus llevó á su lado para que fueran testigos de la resurreccion de la hija de Jairo, y nuevamente ha de vérseles separados de los demas en el monte Olivete y en la hora de la agonía. Pedro era el jefe de la nueva alianza; Santiago debia ser el primer mártir; Juan representaba las vírgenes, y los tres, al formar el número sagrado, ofrecian el tipo perfecto del sacerdocio definitivo que iba á nacer al pié de la Cruz.

La gloria del Hombre Dios solo debia manifestarse despues de su Pasion, y Jesus mandó á los testigos del Thábor que solo despues de que el Hijo del hombre hubiera resucitado, hablaran de lo que habian visto. Los discípulos obedecieron; pero como no se les habia prohibido que hablaran uno con otro, se preguntaban lo que querian decir aquellas palabras "cuando resucite de entre los muertos," porque lo

que es tan claro para nosotros, no lo era entónces para ellos. No teniendo ninguna idea del segundo advenimiento, creian que la muerte de su Maestro seria el término de todo lo que Jesus debia hacer, admirándose de que Elías, que debia preceder al Salvador, no hubiera aún aparecido en la tierra. Nuestro Señor les dijo que en efecto Elías vendria á restablecer todas las cosas, siendo tratado lo mismo que el hijo del Hombre, es decir, con desprecio, y añadió: "Pero yo os digo que Elías ha venido ya, y que no le han conocido, y le han hecho sufrir, y que del mismo modo tratarán al Hijo del hombre." Por esto entendieron los discípulos que aquel Elías era Juan Bautista, cuya muerte violenta era la profecía cada vez mas inteligible de la Pasion del Mesías.

Al descender por las vertientes del Thábor anunciaba Jesus su fin con toda claridad, y por aquel discurso los discípulos, igualmente fascinados por la luz y la oscuridad, recibian una instruccion que mas tarde debian comprender por completo. Ya tenian entre ellos á Cristo con sus ignominias y su gloria, con los atributos de la Divinidad, y muy luego debian ver al Cristo de los Profetas, al Dios fuerte que está sentado en lo mas alto de los cielos, al Dios hecho hombre, clavado en una cruz como el mas miserable de los hombres. ¡Formidables contrastes, aun incomprensibles, pero encerrados, sin embargo, en el solo nombre de Jesus: *Salvador!*

Jesus no podia ser Salvador sino salvando á los hombres de las consecuencias de sus pecados, satisfaciendo por ellos, tomando para sí el rigor del castigo: debia humillarse, debia sufrir, debia ser Dios, y para sufrir no podia ser solo Dios.

Si solo hubiera sido Dios (¡estraña frase!), no se habrian llenado las condiciones de humillacion y sufrimiento; pero si solo hubiera sido una simple criatura, nada mas que un hombre, habria habido tambien completa impotencia para ello.

¿Qué proporcion hubieran podido tener los sufrimientos de una simple criatura con los derechos de la justicia? ¿Qué amor y qué agradecimiento hubiera conservado por ello el género humano? ¿Quién querria creer hoy que tan estraño holocausto hubiera sido aceptado y hubiera satisfecho verdaderamente?

Por último, ¿qué derecho habria para dar semejante satisfaccion?

Sea cualquiera el valor de un hombre justo, el género humano, creado por Dios, nada es delante de Dios; pero respecto de todo lo demas, el género humano no es tan poca cosa que una simple criatura

pudiera rescatarle por completo y para siempre y desde el primer hombre que vivió y pecó, hasta el último hombre que viva y peque: ó Dios en su desden debia contentarse con la sangre de las reses y aun con la ofrenda de los frutos de la tierra, ó en su justicia debia exigir la oblacion de la sangre de un Dios: en otros términos, no hay Redencion, ó Jesucristo es Dios, y ese Dios es hombre al mismo tiempo que es Dios.

Hoy los niños saben ya todas estas cosas divinas, de las que los Apóstoles solo poseian fórmulas confusas, que permanecieron así en su memoria hasta que la luz del Espíritu Santo vino á darles vida. Tambien, al reservarse la cooperacion del Espíritu de luz, Jesus da una gran leccion, advirtiendo que la enseñanza esterior solo aprovecha en tanto en cuanto á ella se une la luz interior. No fué, pues, hecha, sin razon ni sin fruto, dice un comentarista, la revelacion de las verdades que Jesus anunció á sus discípulos, dejándoles ignorar su enlace íntimo y grabando en ellos misteriosos caractéres, cuya clave debia darles el Espíritu Santo. Así lo aprendieron todo de Jesus; así lo comprendieron todo por el Espíritu Santo, y así el Espíritu Santo les enseñó "todas las cosas."

CAPITULO XV.

El niño libertado del demonio.—El didracma.—Precepto del perdon.

Al descender Jesus de la montaña, le salió al encuentro una gran multitud de pueblo, y el Evangelista San Márcos dice que, al verle "aquella multitud quedó sobrecogida de terror y de admiracion." Y era, sin duda, que se conservaba algo en El de aquellos resplandores que habian hecho perder el sentido á los tres Apóstoles. Un hombre se arrojó entónces á sus plantas, suplicándole que libertara á su hijo, poseido por un demonio, al que sus discípulos no habian podido arrojar; y por órden de Jesus le presentaron al enfermo, que era un jóven á quien el demonio atormentaba desde la infancia, precipitándole con frecuencia en el agua ó en el fuego para que pereciera. En aquel momento el poseso sufria horribles convulsiones, echaba espumarajos por la boca, y el padre dijo dirigiéndose á Jesus: "Si algo puedes, ten piedad de nosotros y socórrenos."

Al oir aquella súplica de una fé incompleta, Jesus respondió: "Si